



Hay, si no independientemente, superpuesta a la coyuntura socio-histórica, una feliz coyuntura intelectual...

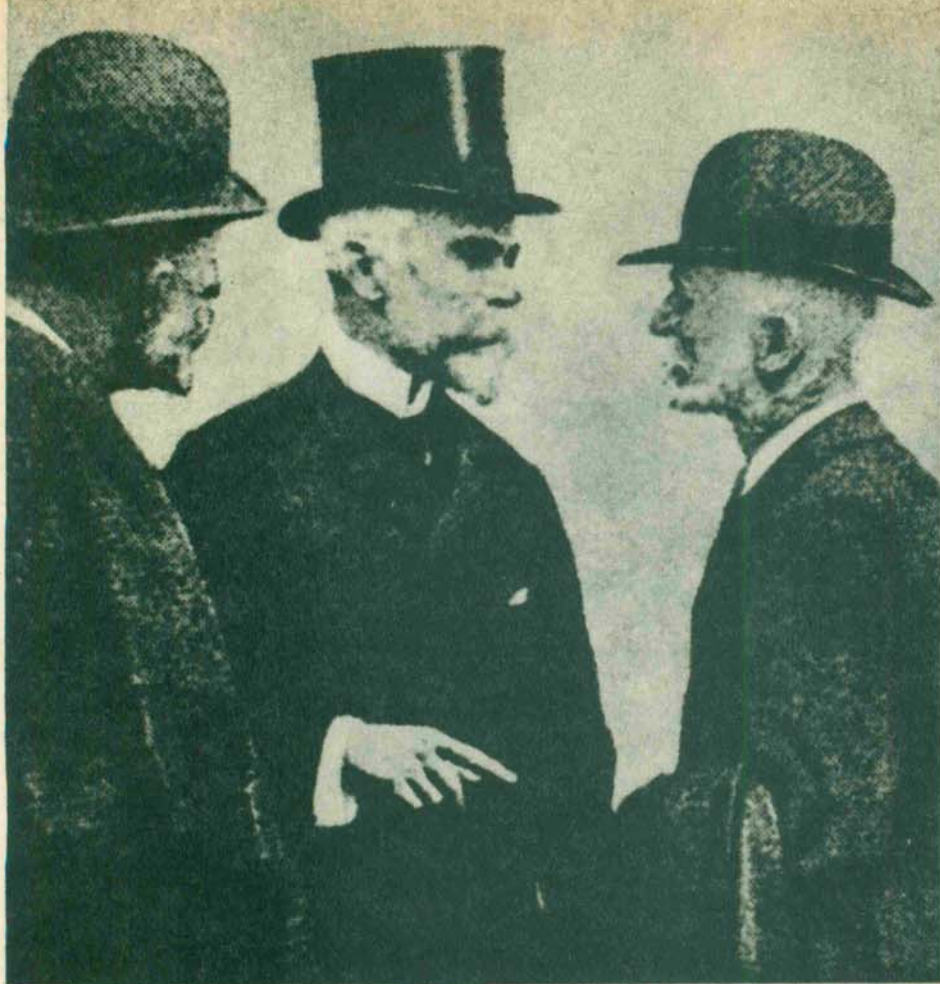
INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

SE ha dicho y se ha repetido, incluso con cargas contrapuestas de significación, que los intelectuales fueron los hombres de primer plano en la agitada coyuntura histórica definida por la caída de la Monarquía y los años de República. En este género de afirmaciones perentorias hay siempre algo de mito y algo de verdad, que ha sido el origen del mito. Si el protagonismo esencial no puede decirse que correspondiese a los hombres de profesión intelectual, es en cambio cierto que éstos acrecentaron su significación social y desempeñaron una función nada despreciable en aquella coyuntura.

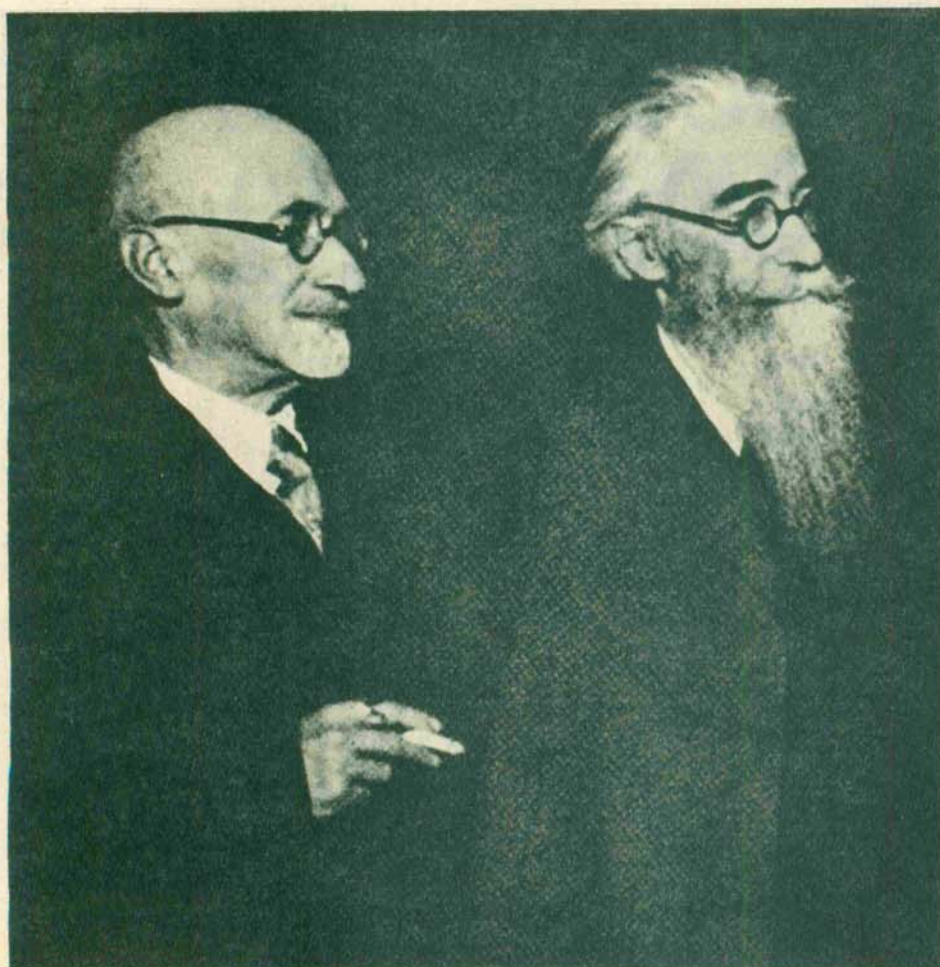
Antes de nada, y para no movernos en el vacío, conviene asentar algunas precisiones sobre el sujeto o protagonista que nos ocupa, y el marco o «circunstancia» en que le toca vivir y actuar; es decir, ¿qué es el intelectual y qué es, particularmente, en la coyuntura española de 1929-1936?

Todos sabemos que hay una definición profesional del intelectual: aquel cuyo trabajo se realiza por una actividad mental y reflexiva (totalmente o fundamentalmente). Es lo que Paul Baran llamaba «trabajador intelectual».

MANUEL TUÑÓN DE LARA



La utopía educativa de la Institución Libre de Enseñanza había propuesto ir «hacia» el pueblo. En la foto, Giner de los Ríos, con Bernardino Machado.



Benavente y Valle-Inclán: el conformismo y la vanguardia en el teatro.

Otra definición reserva ese concepto para aquel cuya reflexión opera no sobre parcelas limitadas del saber, sino relacionando las adquisiciones del saber particular con la temática general que presenta la totalidad de aspectos de la vida humana en una circunstancia histórica dada.

Esta dicotomía presenta numerosas quiebras, a saber: primero, que el especialista puede tener una actividad **creadora, transmisora** o de **aplicación práctica** o varias de ellas a la vez; segundo, que el trabajador intelectual dedicado habitualmente a una o varias de esas facetas especialistas, puede tomar **conciencia de la totalidad** y proyectar su trabajo sobre problemas de más vasto territorio en una **coyuntura histórica precisa** (que es lo que suele ocurrir en momentos-punta y lo que ocurre en el período que nos ocupa); tercero, que no hay que confundir el intelectual sobre un campo pluridimensional del saber y el «ideólogo», cuya función es cristalizar representaciones conceptuales de una clase o capa social (aunque a veces se dan conjuntamente a ambas funciones); cuarto, que sociológicamente no es lo mismo el intelectual que trabaja inserto, directa o indirectamente, en la producción, que el vinculado a los servicios (y éstos pueden tener finalidad privada o social, por ejemplo, la enseñanza) o en el marco de las «ideologías», ni tampoco es lo mismo el intelectual asalariado que el de profesión liberal.

Esta enumeración, forzosamente incompleta, justifica que, al referirnos a los intelectuales, optemos por la acepción más amplia: escritores, profesores, científicos, periodistas, médicos, juristas, filósofos, historiadores, etcétera. Sin duda, aquellos que tienen una función creadora en el plano de las ideas figurarán en primera línea; sus nombres resonaron mucho más, su influencia fue evidente y, en muchas ocasiones, su praxis sociopolítica. Su importancia y su brillo no deben hacernos olvidar ni los estados de ánimo ni la participación en la vida social de millares de hombres de profesión intelectual.

Si, siguiendo la expresión de Tierno de «espacio generacional», advertimos fácilmente que en el que nos ocupa conviven tres grupos generacionales cuyo alcance no es preciso encarecer: el del 98, el llamado de 1914 y el por mu-



Ortega y Gasset consigue, con su indiscutible magisterio, un equipo, conectado con la Institución, pero de personalidad propia («Revista de Occidente» y «El Sol»). En la foto, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala.

chos llamado de 1927 (por referencia a un tricentenario, el de Góngora), pero que cobra mayor significación llamándola del 31. Quiere esto decir que el magisterio de Ortega estaba en su apogeo cuando aún no se había jubilado Unamuno y ya profesaban Roces y García Valdecasas; que las novelas de Pío Baroja tenían más éxito que nunca, pero coexistían con las formalistas de Benjamín Jarnés y las sociales de Sender y Arconada. Don Antonio Machado da toda su medida, desde Abel Martín a Juan de Mairena, pero también brilla el astro de Juan Ramón y a la vez todo el mundo lee las varias ediciones del «Romancero gitano». Aún tiene vida la figura venerable de don Manuel Bartolomé Cossío para presidir los primeros esfuerzos de las Misiones Pedagógicas, y ya van Salinas, Casona y Cernuda como «misioneros» por esos pueblos de la tierra española.

Hay, pues, si no independientemente, superpuesta a la coyuntura socio-histórica, una feliz coyuntura intelectual que nos hace evocar una conocida frase de Hemingway para adaptarla y decir que, desde el punto de vista intelectual, «España era una fiesta».

No puede decirse lo mismo, so pena de frivolidad, de la coyuntura histórica que enmarca ese

«espacio generacional», dramática en tono superlativo, en la que se iban a producir afrontamientos estructurales, cuya latencia databa de siglos. Sobre ellos dijo Vicens Vives que «descansaron casi del todo en una base política y pasional, cuyo objetivo fue derribar la anacrónica y opresiva estructura social del país» (1). En ese estudio, articulado con otro del padre Casimiro Martí, califica el período de 1929 a 1936 como resultado de problemas estructurales hispanos y no de una

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

coyuntura de crisis con factores fundamentalmente externos. Diagnóstico matizado muy recientemente por Alberto Balcells (2), poniendo también en línea de cuenta la compleja situación socioeconómica (digamos, por añadidura, que en parte externa y en parte interna, y no sólo por fac-

(1) Vicens Vives: «Los movimientos obreros en tiempos de depresión económica, 1929-1936». París, 1960.

(2) Balcells: «Crisis económica y agitación social en Cataluña: 1930-1936». Barcelona, 1970.

tores nudamente económicos; baste con pensar en la escala hitlerista y su impacto).

Sin entrar en un análisis histórico, que nos desviaría del tema, recordemos, empero, que la crisis de los viejos sistemas (recompuestos, que no iniciados por la restauración saguntina) había hecho eclosión a partir de 1917 y que, tras el paréntesis de la dictadura, que supo aprovechar el clima favorable de cierta estabilidad europea, adquirió insólitas dimensiones en 1930. El protagonismo multitudinario, aparecido por vez primera en 1917, también se multiplicó por elevada cifra, y la rotura de los marcos habituales de la vida cotidiana debía ejercer poderoso impacto en el mundo intelectual.

Desde las postrimerías del siglo XIX la función del intelectual en la sociedad española había ido adquiriendo progresivamente mayores relieves y alcance. El segundo decenio del siglo vio crecer el número de estudiantes universitarios (que pasan de 20.000), de revistas culturales de muy estimable nivel y de importantes secciones culturales en la prensa diaria (pensemos que «El Sol» empieza a publicarse el 1 de diciembre de 1917); lo mismo puede decirse de los centros de investiga-

ción (Centro de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Física y Química, laboratorios científicos de la Residencia de Estudiantes...); de la ampliación de estudios en otras Universidades europeas a través de las actividades de «la Junta», etcétera. Los frutos de esa tendencia maduran en el tercer decenio del siglo, pasando de 40.000 los estudiantes universitarios (de ellos, más de 3.000 mujeres) y de setenta mil los de Enseñanza Media (que llegarán a 131.000 en 1934, tras haber doblado el número de profesores y de Institutos). El protagonismo universitario en los últimos años de la dictadura tuvo amplias resonancias más allá de los claustros docentes, en el hombre de la calle, y contribuyó a una nueva estimativa del intelectual.

Cuando se abre un período de crisis, de revisión de valores, de nuevos planteamientos, el intelectual «pesa» mucho más que treinta años atrás. Y por lo general va a disponer de más medios para ejercer su función de transmisión de ideas y conocimientos y, por consiguiente, de una audiencia mayor. Mayor autoridad, mayor audiencia del intelectual son dos signos de la época.

Ciertamente, hay ya sectores intelectuales unidos por lazos de parentesco espiritual, que forman una especie de «equipos» (aunque tomemos este término con muchas restricciones); los formados en algunos de los organismos que emanaban de la Institución Libre de Enseñanza, aunque no tenían el dominador común krausista de sus antecesores, sí una actitud intelectual común de impronta gineriana, mantenida por Cossío: Jiménez Frau —a la cabeza de la Residencia—, Luzuriaga, Bolívar, Barnés, De los Ríos, Besteiro, Castillejo, Corominas, no son aquí sino otros tantos nombres a manera de ejemplo. Aunque tuviera conexiones con ese equipo, el que podríamos llamar de «Revista de Occidente», bajo el indiscutible magisterio de Ortega, tenía personalidad propia y puede decirse que estaba unido por un cordón umbilical con el equipo de «El Sol» (luego de «Crisol» y más disperso cuando llega «Luz»).

Puede hablarse de otro equipo formado en la Asociación Católi-

ca Nacional de Propagandistas (Gil Robles, Herrera, Giménez Fernández, Riaza...), a su vez con vínculos con otro equipo, el de «Acción Española», pero éste más heterogéneo (Maeztu, Sainz Rodríguez, Pemartín...). Tal vez pudiera hablarse de un núcleo del Ateneo, del que emerge, naturalmente, la figura de Azaña, pero que comprende también a Valle-Inclán, Luis de Tapia, Obregón, etcétera. Después del 31 se perfilan equipos más extremos, como el que había tenido sus orígenes en «La Conquista del Estado» (Giménez Caballero, Ledesma Ramos) y el que se aglutinará en torno a la revista «Octubre» (Alberti, Arconada, Arderius).

Sin embargo, debe quedar claro que esos grupos de vínculos

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

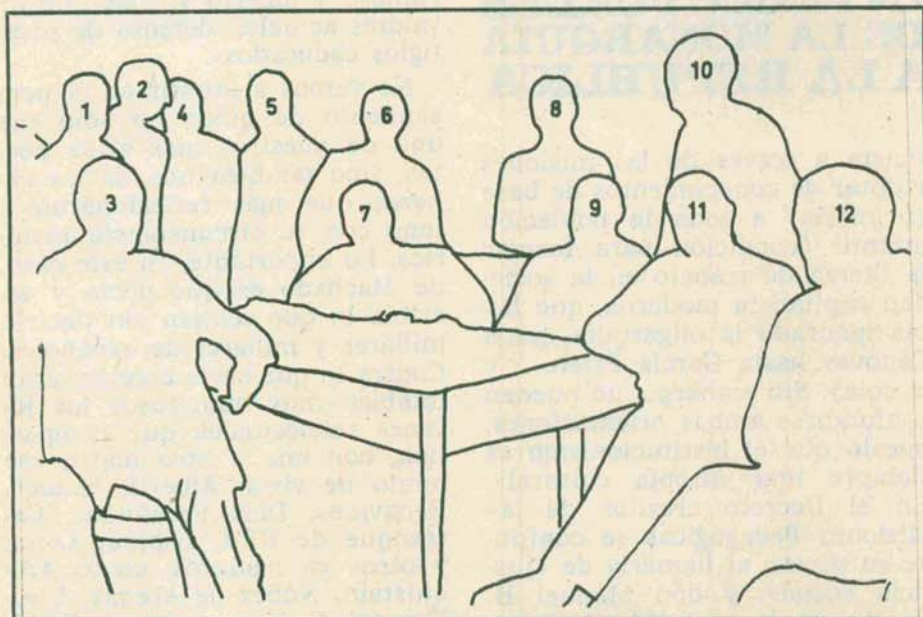
más o menos laxos no expresan sino una parte de la pluralidad de corrientes intelectuales de la época y que, por otra parte, se combinaban y entrelazaban unos con otros. Está por hacer el organigrama de las múltiples agrupaciones, centros, ateneos, revistas, tertulias, etcétera, de intelectuales de la época, con su retícula de interconexiones. Sólo

cuando se realice ese trabajo, en que se refleje también la proyección de la obra intelectual, podrá hacerse una estimación, sin caer en superficialidades, de la función que tuvieron los intelectuales en aquel tiempo.

El intelectual de los «años treinta» es, por lo general, un universitario. Alguna que otra excepción se da en el periodismo, y la no por conocida menos digna de destacar del muy joven Miguel Hernández (1934, «Perito en lunas»; 1935, «El rayo que no cesa»). Quedan los autodidactas —que fueron— del 98; los que escogieron otro camino, como Alberti; los que vienen de una profesión de tipo medio, como Arconada, Araquistain, Sender, Max Aub... La inmensa mayoría proceden de los diversos estratos de las clases medias. ¿Urbanas o rurales? La diferencia es importante y algún día habrá que estudiarla. Todos tienen fe en su labor, todos —o casi todos— altiprecian la función de la obra cultural —su oficio— en la sociedad, aunque con ópticas muy diversas. Ser intelectual en aquella época empieza a ser algo serio: la voz —la pluma— de Ortega ha resonado por todo el país con su «Delenda est Monarchia», más por su actitud de oposición que por su contenido ideológico de reconstruir el Estado y «la unidad civil»; la de Unamuno, por análogas razones, ha adquirido nombradía en medios

Salvador de Madariaga, con su esposa.





Don Nicolás María Urgoiti, con los elementos disidentes de «El Sol» y «La Voz», en 1931. En la foto, 1: Ruiz Manent. 2: Alvarez López. 3: Félix Lorenzo. 4: Abraham Polanco. 5: Javier Bueno. 6: Díez Fernández. 7: Baralbar. 8: Arturo Soria. 9: Azorín. 10: Bagaría. 11: Nicolás María Urgoiti. 12. Fernando García Vela.

que nunca leyeron «El sentimiento trágico de la vida...». Se habla de Marañón, de Sánchez-Román, de Jiménez de Asúa... Valle-Inclán conoce la popularidad en la época de sus esperpentos isabelinos del «Ruedo Ibérico». La agudización del conflicto universitario en 1929 había hecho que renunciases a sus cátedras Ortega y Gasset, Sánchez Román, De los Ríos, García Valdecasas y Roces. Don Ramón Menéndez Pidal y cuarenta profesores de la Universidad se habían solidarizado con los estudiantes. Este protagonismo, el del Ateneo de Madrid (cuya Junta directiva, destituida por la dictadura, es repuesta, y más tarde, en junio de 1930, modificada por la elección de Azaña a su presidencia), el banquete en Barcelona de intelectuales catalanes y castellanos también por las mismas fechas, el accidentado viaje de Unamuno a Madrid en el mes de

mayo, los discursos de Ossorio, presidente de la Academia de Jurisprudencia... todo había contribuido a crear un clima en que el intelectual realiza una toma de conciencia de su «especificidad» que, a veces, también hay que decirlo, atribuyéndose una función social desmesurada. Porque el intelectual, que tomaba conciencia de sí mismo, seguía encerrado en sus propios medios sociales y apenas tenía una experiencia directa de los medios populares. La utopía educativa de la Institución (primero la escuela y luego la despensa, había dicho Posada, rectificando a Costa) proponía ir «hacia» el pueblo, pero no **estar** en él.

La relación intelectual-sociedad se expresa, pues, de maneras muy diversas, pero que esencialmente son dos: o el intelectual adopta un comportamiento social o cívico (en este caso los dos términos significan lo mis-

mo), sin que ello incida en la naturaleza de su obra, o, por el contrario, pensamiento y praxis marchan acompasados y se explican recíprocamente. El primer caso es más general en épocas en que la sociedad experimenta crisis y sacudidas importantes; en ese caso, muchos hombres de profesión intelectual, movidos por su sensibilidad crítica, por la tendencia profesional a inquirir el fondo auténtico de los hechos o simplemente por contagio de un clima «politizado», intervienen en la vida pública a diversos niveles. El segundo caso es el del intelectual cuya reflexión sobre la sociedad en que vive le lleva a una concepción general que incide sobre su propia obra, ya en el contenido, ya en el método, ya en los fines propuestos. Naturalmente, hay toda una serie de zonas intermedias y, por añadidura, muchas de las opciones tomadas no son estrictamente cognoscitivas, sino de orden emotivo o moralizante.

En el hervidero español a partir de 1930, el primer caso se produce a nivel de grandes números en profesionales de la enseñanza, médicos, periodistas, científicos, etcétera. Se da también en personalidades de primer plano de dedicación estrictamente científica: un Bolívar, un Del Río Ortega, H. de Castro, Márquez, Carrasco, Lafora, Rioja, etcétera. Pero se da también en hombres de letras, quienes se sitúan en la izquierda de la vida política como Jarnés, Domenchina (amigo personal de Azaña), Salinas, y se atienen a las normas al uso de «la deshumanización del arte»; y quienes no hacen sino una aparición fugaz, aunque brillante, por la vida pública, desilusionándose después; por ejemplo, el mismo Marañón y, pese a sus cargos de embajadores, Pérez de Ayala y Américo Castro.

Sin duda, una pléyade de intelectuales realiza su obra de acuerdo con sus concepciones del mundo y de la sociedad, y ella será la que adquiera verdadera resonancia e influencia.

TEMAS Y TIPOLOGIA DE LAS IDEAS

Actitudes intelectuales e ideas-clave pueden adentrarnos en la

comprensión de aquella época. En primer lugar, hay una actitud común a la mayoría de los intelectuales: la protesta. Ese no conformarse, esa expresión de la discrepancia lleva a la rebeldía, actitud también muy general y, por lo común, sin grandes consecuencias mientras no pasa de ser eso. La protesta se ha ido incubando y creciendo durante la dictadura. Primero, la de Unamuno; luego, la de otros como J. de Asúa, Machado, Marañón...; en seguida, los estudiantes y, al cabo, la mayoría de los profesionales. La protesta puede ser emotiva, como la de don Miguel, anclada en un sistema ideológico ya recibido en la infancia, como la de don Antonio; desesperada, juvenil e iracunda como la del Alberti de «Elegía cívica». Reflexiva, como la de Ortega y Gasset, inspirada en un sentimiento de justicia social, ya en veteranos como Valle-Inclán («... jugar en los tiempos que corren es inmoral, es una canallada. Hay que lograr primero una justicia social»), ya en jóvenes como Sender y Arconada, e incluso basada en una interpretación del destino imperial (Giménez Caballero) o en algo tan diferente como el normativismo jurídico (Sánchez Román, Ossorio).

La protesta tiene raíces muy diferentes, ideológicas y sociales, como lo demuestra la simple enumeración de ejemplos que hemos hecho. Se protesta lo mismo con nostalgias del pasado que con esperanzas del porvenir. Hay un punto cronológico en que coinciden todas ellas, 1929-1931. A partir del 31, las convergencias se atenúan y la nueva realidad socio-institucional acarrea divergencias en la protesta; no sólo esa realidad, sino la que venía de Europa y del mundo entero. Ahí cobrará toda su importancia el punto de partida de la protesta: arcaísmo o imagen del porvenir.

El segundo «tipo» de ideas es el que se refiere a la naturaleza y función de la cultura. Se observa mayor continuidad en todo el período, pero aquí la discrepancia es básica y refleja dos concepciones opuestas del hombre y de la sociedad. De un lado, aquellos para quienes la cultura nace en lo alto y puede ser difundida de arriba abajo; para Ortega, las ideas nacen en las minorías egregias y el hombre-masa

no tiene ideas. La cultura debe difundirse, pero desde una Universidad a la que llegaron los «selectos», en cuya misión hay toda una formación de «ideologías». En el fondo, esa posición no es muy divergente de aquella a la que llega la corriente «institucionista», después de la desaparición de Giner: formar «minorías rectoras» en la Residencia y por la Junta y difundir una cultura fundamentalmente este-

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

ticista a través de las misiones y dotar de conocimientos de base (primaria) a toda la población infantil (condición para formar la fuerza de trabajo en la sociedad capitalista moderna, que había ignorado la oligarquía desde Cánovas hasta García Prieto... y la cola). Sin embargo, no pueden confundirse ambas orientaciones, puesto que el institucionismo es siempre una «utopía cultural». En el Decreto creador de las Misiones Pedagógicas se confunde su acción al llamarla de «justicia social», y don Manuel B. Cossío, en las cuartillas que escribe para la primera misión (diciembre de 1931) es suficientemente explícito: «Sólo cuando el español no sólo sepa leer —que no es bastante—, sino tenga ansia de leer, de gozar y divertirse, sí, divertirse leyendo, habrá una nueva España». La respuesta trágica la dan los propios «misioneros», que recorren los pueblos de Zamora en 1934: «Necesitaban pan —aquellas gentes—, necesitaban medicinas, necesitaban los apoyos primarios de una vida insostenible con sus solas fuerzas... y sólo canciones y poemas llevábamos en el zurrón misional aquel día». Creo que es el texto más cruel y revelador que conozco sobre la utopía educativa. Pero así y todo hay en el institucionismo, junto a la hipertrofia del valor cultural, un reconocimiento de los valores estrictamente humanos (la obra de Giner es «moralizante», como la de Pi y Margall, como incluso la de Iglesias, en contraste con la de Jaime Vera, que es científica).

«... Que por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor

más alto que el de ser hombre». Todos sabéis que esto lo escribió don Antonio Machado, ya en 1932, en su artículo «Soria» y luego, desde el comienzo de «Juan de Mairena» en las columnas de «Diario de Madrid», primero, de «El Sol», después. Consecuentemente, la cultura es para Machado «el humano tesoro de conciencia vigilante», «árbol que se renueva por las raíces»... «La defensa de la cultura —dice— como privilegio de clase, implica, a mi juicio, defensa inconsciente de lo ruinoso y muerto y, más que de valores actuales, defensa de prestigios caducados».

No vamos a insistir en el pensamiento de quien no sólo fue uno de nuestros más altos poetas, sino también una de las cabezas que más reflexionaron a tono con su circunstancia histórica. Lo importante, en este caso, de Machado es que decía y escribía lo que sentían sin decirlo millares y millares de españoles. Contra lo que suele creerse, eran también muy numerosos los jóvenes intelectuales que compartían, con uno u otro matiz, ese punto de vista: Alberti, Sender, Benavides, Díaz Fernández, Carranque de Ríos, Espina, Lorca y otros ya maduros, como Arquistain, Núñez de Arenas, Díez-Canedo, Corpus Barga, Rivas Cherif, etcétera.

Cultura de élites y cultura del pueblo nos lleva a otro aspecto de nuestra tipificación: función social de la minoría selecta y de la masa o multitud mayoritaria. Sin necesidad de insistir en las conocidas ideas de Ortega y Gasset («la misión de las masas no es otra que seguir a los mejores...»), conviene señalar la convergencia con otras actitudes ideológicas. Unamuno es el primero a quien el protagonismo de las multitudes acaba por desbordar sus categorías decimonónicas; dice, en sus artículos de «Ahora», que no le entienden, cuando tal vez tampoco él entendía lo que pasaba. Se aferra a su liberalismo del «bendito siglo XIX», es decir, al que, de hecho, combatía cuarenta años atrás al decir que «la bulla» de la revolución de 1868 era algo superficial, «tempestad de verano... que no cambió en nada la historia de España». Pero ese liberalismo de minorías es un repliegue al que se acoge el Unamuno del decenio de los años treinta. Si Ortega piensa que

sólo las minorías egregias podrán «nacionalizar las instituciones», crear un Estado y una sociedad modernos a semejanza de los de la gran burguesía europea, otros piensan que las minorías servirán para reconstruir una sociedad a imagen y semejanza del de las glorias imperiales de otros siglos. Ramiro de Maeztu, que publica en 1934 su «Defensa de la Hispanidad», dice: «Nuestra rehabilitación histórica no puede influir directamente sino en la gente culta, en la aristocracia, en la élite. Al pueblo se le ha dicho demasiado que los obreros carecen de patria (3) para que sea empresa fácil que vuelva a emocionarse con las glorias de la Hispanidad...».

(3) En verdad, el autor no debía haber leído los trabajos de Núñez de Arenas y de otros colaboradores de la revista «España», los documentos de la prensa socialista de los años 1917-1921, sobre todo, insistiendo sobre el carácter y las peculiaridades nacionales. El «guesdismo» había sido superado.

Ramiro de Maeztu, con Sainz Rodríguez, Pemartín..., componían el equipo «Acción Española». Próximo a él, el equipo formado en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (Gil Robles, Herrera, Giménez Fernández, Rialza...).



Entre estas corrientes y las de afirmación popular (por razones éticas o por razones científicas), la fuerte personalidad de Manuel Azaña, supone una vía intermedia. Liberal, ha comprendido que el liberalismo del XIX, juego superestructural de minorías, no tiene ya ninguna posibilidad. Las masas son un hecho con el que hay que contar. Azaña, que nunca fue un revolucionario, piensa que hay que «encauzar las masas encrespadas del pueblo español por las vías del sufragio». Sí, también eticista, afirma: «Para mí, lo vital en España, en el orden moral, es el pueblo», da a pensar que ese pueblo es, sobre todo, el sustentáculo necesario de las minorías directoras. Porque también para Azaña, como para Ortega, el drama de España es haber carecido de minorías directoras. No obstante, el paralelo entre los dos pensamientos apenas tiene base. Azaña insiste siempre en la corriente que debe

existir entre masa y minoría directora, no debiendo ésta encuadrar a aquéllas, sino «suscitar o descubrir en todos el pensamiento común, (en) saber lo que queremos hacer todos juntos y (en) poner en común los medios de lograr lo que queremos».

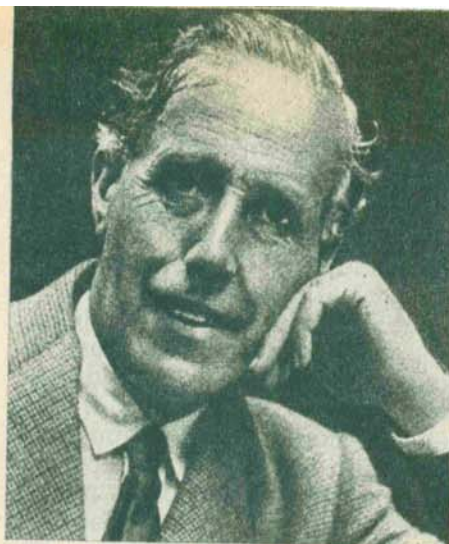
En fin, nadie negará que aquel período se caracteriza por un rasgo dominante que se suele nombrar con un vocablo impropio por lo impreciso: lo **social**. Precisando, recordaremos que «lo social» era la presencia activa y constante de aquella inmensa parte de la población activa que vende su fuerza de trabajo; presencia organizada en centrales sindicales que crecían gigantescamente (en 1932, de cada diez obreros hay seis asociados sindicalmente), afrontamientos obreros-patronos en huelgas y, más todavía, trabajadores agrícolas-terratenientes; manifestaciones, actos públicos, etcétera. El impacto de «lo social» alcanzaba y superaba ya el muy fuerte de los años 1918-1920. El intelectual se plantea, pues, el problema de «lo social». Ya hemos visto la actitud de un Valle-Inclán y la de un Machado (más equilibrado en la expresión, pero más firme en la actitud, producto de un pensamiento muy elaborado). No faltan los malhumorados ante el problema, como Unamuno, como Baroja (esos no eran sus anarquistas de «La Busca»). Ortega y Gasset, tras algunas intervenciones «sociales» en el Parlamento poco originales («¡Obreros españoles! España tiene que ser más rica, para que vosotros, los obreros, podáis ser menos pobres...»), dice, en su desengaño de 1933, que «la justicia social... no es, ni muchísimo menos, la cuestión central de la vida». Nadie expresa mejor que Ortega, en aquellos cursos del año 33, la mentalidad de crisis del «status» a la vez dominante e «ilustrado»: «En estos días —dice— siente la Humanidad civilizada un terror que hace treinta años, no más, desconocía». Dentro de su óptica «ideológica», ¡cuánta verdad hay también en aquellos diagnósticos de Ortega! Pero, siguiendo su propio «perspectivismo», no eran sino parcelas de verdad, enfocadas desde su «vertiente» social e ideológica. Pero volvamos a «lo social»; hemos visto que privaba para los educadores de la escuela de Cossío (Santullano, Comas Llor-

ca) también desde otra perspectiva: la educacional. Es esencial en su labor de jurista para un Jiménez de Asúa; en la de sociólogo, para un P. Arboleya; en la de ensayista, para un Araquistain, que capitanea la revista «Leviatán», de importante incidencia en la coyuntura histórica. Más conocidas —como siempre— son las actitudes de los hombres de letras; de amplios ecos la de Rafael Alberti («Siervos... vuestros hijos, su sangre, han hecho, al fin, que suene esa hora en que el mundo va a cambiar de dueño»).

«Yo no creo más que en el esfuerzo social» dice Díaz Fernández, el autor de «El Blocao». Y Sender: «La actitud "neutral" no es posible..., la sociedad en la que vivo presenta fenómenos totalmente nuevos a los cuales es imposible sustraerse si hemos de ser fieles a la vida que nos han dado» (4). También Eugenio D'Ors declara: «No creo que la literatura ni el arte deban mantenerse al margen de las inquietudes sociales del tiempo...»; lo cual demuestra que el reconocimiento del hecho no supone identidad de actitudes ante él.

En un plano muy diferente, conviene recordar que la preocupación social fue cada vez mayor en Lorca (no hay más que repasar «La casa de Bernarda Alba»). En dos declaraciones hechas a «La Voz» (1934 y 1936) es suficientemente explícito; se trata de una actitud ética: «la justicia para todos», «la desaparición del hambre». «Yo seré siempre partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega», dice en diciembre de 1934, dos semanas antes del clamoroso estreno de «Yerma».

Mucho menos conocida es la dedicación casi total a «lo social» de otros intelectuales, menos en contacto con el gran público. Es imprescindible recordar la figura de quien con mayor rigor científico estudió nuestras estructuras agrarias y sugirió las mejores ideas para su transformación; el ingeniero don Pascual Carrión, por fortuna aún en vida, cuyos «Latifundios en España» (1932) es el exponente mayor de una obra múltiple, que se expresó también en la Comisión Técnica Agraria para la Reforma,



Julián Bestelro.



Fernando de los Ríos.

de 1931. Con él evoquemos a don Juan Díaz del Moral, hoy más conocido por la reedición de su libro sobre las agitaciones campesinas andaluzas, modelo de rigor y erudición históricos, que se adelantó a su tiempo, también dedicado en los años que nos ocupan a la problemática de la reforma. Piénsese igualmente en la tarea científica de don Ramón Carande, que abre caminos en nuestra historia económica.

El hecho que arbitrariamente

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

denominamos «lo social» no actuó unívocamente sobre los hombres de profesión intelectual. Procedentes éstos, en su mayoría, de clases medias urbanas o rurales, tanto se sintieron atraídos por los nuevos protagonistas que entraban sobre el tablado de la Historia, tanto reaccionaron con atávico temor, buscando naturalmente un sustitutivo al poder catalizador de «lo social» con imágenes integradoras que cumplieran la función de mito. De ahí una escisión en los tipos de «compromiso» que adquirió el intelectual de la época (además del aséptico, que se escapaba por una tangente «culturalista»).

Podríamos resumir —imperfectamente— que del denominador común de la protesta, y de la inquietud intelectual, se pasó a una sensibilización ante la conflictividad social y los rasgos de crisis; el espíritu crítico y la tendencia a conectar los hechos culturales con la vida social parecen imponerse. La rebeldía crítica lleva a los más a buscar otros valores. Y aquí intervienen con

frecuencia ciertas constantes «ideológicas» del intelectual hispano: carga ética, utopismo educativo, reflejo de deformación social, entre las que se abre difícilmente paso la búsqueda de un conocimiento científico de la realidad social.

TIPOLOGÍA DE LAS PRÁCTICAS

El alcance del intelectual en aquella época no tiene por sola causa la extensión de sus funciones de ejercicio profesional, el aumento de los medios de edición, las mayores tiradas de la prensa y el mayor número de publicaciones, ni siquiera la mayor dedicación a la lectura comprobada por estadísticas de bibliotecas, las de Misiones y de los editores. Hay algo todavía más relevante; de la preocupación del intelectual por «la cosa pública» desde 1928-1930 se llega fácilmente a la **intervención en la cosa pública** a niveles de decisión y responsabilidad. Hay, pues, varios aspectos de la práctica; una, la profesional; otra, la actitud explícita ante hechos esenciales de la coyuntura histórica; y, por fin, la participación en los primeros planos de esa coyuntura. Vamos a ocuparnos de las dos últimas.

El conflicto dictadura-Universidad, muy tenso en 1929; el vacío en torno a la Asamblea Nacional Consultiva, el resquebrajamiento interno que reveló el proceso contra Sánchez-Guerra, la difícil situación de la peseta, etcétera, son otros tantos factores coyunturales que, al sumarse a una oposición de principio de muchos intelectuales al sistema, aumentó el número de ellos y la importancia de su toma de posición. Más arriba hemos citado casos salientes. Américo Castro,

(4) Declaraciones a una encuesta de «El Almanaque Literario», 1935.



Jiménez de Asúa.



Pascual Carrión.



Manuel Azaña.

Claudio Sánchez-Albornoz, Ignacio Bolívar, Felipe Sánchez-Román, Gregorio Marañón, Joaquín y José Xirau, Gustavo Pittaluga, Adolfo Posada, Pedro Carrasco, Julián Besteiro, Pedro Sainz Rodríguez, Joaquín Garrigues, Recaséns Siches, Rioja, Pedrosa, Echevarría... todo lo que contaba en la ciencia y en la Universidad españolas tomaban posición. Y con ellos los escritores, desde los del 98 hasta los muy jóvenes; los médicos, desde Teófilo Hernando y Negrín hasta los más modestos; los abogados, desde Bergamín (padre) y Alcalá Zamora, que con tanto éxito defienden a Sánchez-Guerra.

Desde comienzos de 1930, la opción es otra: hay quienes vacilan en abandonar al régimen (Gascón y Marín y E. Tormo serán ministros de los últimos Gobiernos de Alfonso XIII). Sainz Rodríguez, Canseco, etcétera, son monárquicos, como lo es el joven José María Pemán. Pero la mayoría frente al régimen es arrolladora. Cuando llegue el 14 de abril, toda se vuelca en la balanza. Ya han formado Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala su «Agrupación al Servicio de la República» (cuyo primer mitin preside Antonio Machado) y otros han formado el «GIAR» (Roces, Valdecasas, José Bergamín, Lacasa). En la «Resi», en los medios de «Revista de Occidente», en las tertulias de «La Granja», se hace la unanimidad sobre el cambio de régimen. El protagonismo de un Fernando de los Ríos o de un Azaña, los sucesos de San Carlos, la compra de «El Sol» a última hora por un grupo monárquico, todo contribuyó. El 4 de abril de 1931, quienes abandonaron «El Sol» sacaban el primer número de «Crisol». Lo dirige Félix Lorenzo y Carlos de Baraibar es redactor-jefe. La nómina de colabora-

dores y redactores empieza por Leopoldo Alas y termina por Luis de Zulueta. Allí están Azorín, Espina, Fabra Rivas, Jarnés, Lafora, Luzuriaga, Madariaga, Moreno Villa, Pérez de Ayala, Ogier Preteceille, Díaz Fernández, Sánchez Román y, naturalmente, Ortega y Gasset. En ese primer número leemos colaboraciones de Luis Bello, Fernando de los Ríos, Azorín y la obligada presentación hecha por Urgoiti. El número del 11 de abril es un llamamiento a las urnas. «¡A votar, lectores! —comienza el editorial firmado por Luis Bello—. No me pida nadie, por ahora, otra preocupación. ¡A votar, a vigilar y a intervenir en las elecciones!».

El clima de 1931 está dominado por la convergencia en una postura crítica que conduce a negar el pasado. Lo que se haya de construir después será más bien un factor diferencial que integrador. El bienio 1931-1933 lleva a opciones importantes; pocos son los intelectuales que estén contra la reforma agraria, aunque muchos se desinteresen de ella. Sin embargo, en la asamblea económica-agraria de la Unión Económica (máxima expresión de los grupos de presión patronales y de la gran propiedad) se oye la voz del joven catedrático G. Valdecasas (elegido diputado con la etiqueta de «Agrupación al Servicio de la República»), que califica de «anarquía social y anarquía legislativa» la situación del campo, a la que opone la promesa de «un Estado corporativo en que todas las fuerzas productoras estén ensartadas en la organización nacional» (discurso en la sesión de clausura el 12 de marzo de 1933). No son pocos aquellos que se quejan de la reforma no por exceso, sino por defecto («Campe-

sinos de Zorita...», de Alberti) y, a nivel técnico, Carrión y otros más. Otros, como Sender, tuvieron resonante intervención en la crítica de Casas Viejas («Viaje a la aldea del crimen»).

La autonomía catalana encendió más pasiones, a veces sirviendo de pretexto más que de motivo. La oposición a ella de Unamuno, los recelos de Ortega eran también signo de los tiempos. En 1932, entre algún discurso parlamentario y unas cuantas cenas políticas, perdió Ortega sus ilusiones en la práctica política. La «Agrupación» se disolvió oficialmente en octubre de 1933; estaba ya muerta y enterrada y sus miembros en las más dispares posiciones.

En suma, el primer bienio cristalizó tres corrientes intelectuales, cuatro tal vez; una mayoría de afines a la situación (institucionistas, intelectuales electores de Azaña o de Domingo, intelectuales socialistas, maestros, etcétera; en Cataluña, con su Universidad autónoma, casi todos). Una corriente cuya concepción del «compromiso social» le hace entrar en conflicto con el poder; otra que, por razones opuestas, se «compromete» igualmente y se enfrenta con las dos citadas. Y hemos hablado de una cuarta corriente para señalar a una minoría de altas personalidades cuyo «desengaño» se hizo cada vez más patente. Como toda clasificación resulta esquemática, ¿dónde pone usted a Machado? (lean su prosa), y, ¿dónde a Lorca? (piensen en «La Barraca»). Cuando llegó el segundo bienio (1934) y cuando los intelectuales comenzaron a preguntarse por lo que pasaba en el país de Goethe, se llegó pronto a la dicotomía de la que siempre quisieron escapar Unamuno, Ortega y algún acólito.

Se ha comentado, y no sin dureza, su artículo «¡Qué bien se está en las Batuecas!» de octubre de 1934. Sin embargo, don Miguel no se evade pocos meses después, cuando se deja impune el asesinato, en Asturias, del periodista Luis de Sirval. Es el primero en protestar y con él Machado, Juan Ramón, Azorín, Besteiro, Corpus Barga, Bergamín, Montesinos. La citada interviú de Lorca en «La Voz» tenía un signo análogo. Poco después, los Gobiernos del «estraperlo» y de la contrarreforma agraria habían perdido todo prestigio entre los medios intelectuales.

El otro aspecto que nos interesa es la participación de intelectuales en niveles decisivos de la vida pública. «República de intelectuales» se llamó a la de 1931, por unos en tono irónico, por otros con admiración, tan desprovistos de fundamento uno como otra. La tal etiqueta no es más que un lugar común para cualquier historiador serio, pero la parte de verdad que encierra ese dislate es la gran proporción de intelectuales que figuraron entre los altos cargos y en el Parlamento. En aquellos años hubo doce ministros catedráticos de Universidad y otros seis profesionales de la enseñanza. Un catedrático de Universidad (Besteiro) era presidente del Parlamento y otro (J. de Asúa) de la Comisión Redactora de la Constitución. No era nada común pasar de presidente del Ateneo a presidente del Consejo (un antecedente, Cánovas en 1891), y desde Martínez de la Rosa no se había visto a un jefe de Gobierno estrenando una obra de teatro. Dos de los historiadores más eminentes del país (A. Castro y Sánchez-Albornoz), de embajador y ministro de Estado, respectivamente. La Cámara de 1931 fue la que mayor porcentaje dio de profesiones intelectuales (no contabilizamos los abogados que, durante un siglo, servían para denominar a propietarios, negociantes o políticos profesionales que poseían ese título académico). Es más; «institucionistas» de relieve fueron ministros en Gobiernos de distinta orientación: Fernando de los Ríos, Zulueta, Barnés, en el primer bienio, pero Prieto Bances, en el segundo. Los intelectuales participaron en mucho mayor número que nunca en los partidos y grupos

políticos; un grupo que merece comentario aparte es la ya citada «Agrupación al Servicio de la República». Parte de la concepción elitista que asigna al intelectual una función de minoría rectora, y su antecedente es la Liga de Educación Política (1913, del mismo Ortega, entonces con todo el equipo intelectual del reformismo «melquiadista»). A medias entre el grupo de presión ideológico y el partido político de intelectuales, la Agrupación fue un poderoso espejismo para muchos al comenzar 1931. Y en junio de aquel mismo año sus candidatos fueron elegidos diputados gracias a los puestos que les cedió el partido socialista en las candidaturas de conjunción (lo que fue muy criticado en el Congreso Socialista de 1932): Ortega, Unamuno, Valdecasas, Iran-

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

zo, Díaz del Moral, Rico Avelló... en su mayoría más moderados con los simples afiliados de la Agrupación y algunos con vinculaciones sociales que no hubieran sospechado aquéllos. La Agrupación y algunos con tido político, sino «organismo de avanzada, bien disciplinado y extendido sobre toda España. Se trata de "movilizar a todos los



Sainz Rodríguez, Canseco, etc., son monárquicos, como Pemán, a quien vemos en la foto con Edgar Neville.

españoles de oficio intelectual», para "organizar" una formidable presión de la opinión pública».

Semejante empeño estaba condenado al fracaso, el cual no dejó de ser esclarecedor para muchos intelectuales, que superaron así la fase del utopismo de la «República de sabios», que en realidad no eran sino ideólogos de un sector social.

TIPOLOGIA DE LOS METODOS

Este aspecto va imbricado con el siguiente (tipología de los medios o instrumentos). La obra de cultura de los años treinta responde a unos métodos dominantes, a los que no es extraño el instrumental de que se dispone.

Digamos, en primer lugar, que, salvo raras excepciones, la metodología científica está reservada a las ciencias físico-matemáticas y naturales. El concepto de ciencias sociales se esboza tan sólo, muy enturbiado por el culturalismo alemán (de primeros de siglo, y de moda en la España de los años treinta), que taja entre «ciencia natural» y «ciencia cultural», negando la normatividad de la segunda.

El intelectual de los años treinta tiende a una crítica global de la cultura contemporánea, pero no tiene el método científico para el conocimiento crítico. Es, por lo general, lo que se llama un «hombre de letras» y, en todo caso, un valioso erudito. Y el profesional científico, que se inquieta por la sociedad, está todavía en la etapa «aséptica» de separar el hecho científico y el hecho social. El crítico de la sociedad ha pasado, en todo caso, de la utopía al ensayo. Este no es, en el mejor de los casos, sino una hipótesis sin pretensión a convertirse en conocimiento comprobado. El ensayo, género híbrido, es un ejemplo de expresión «ideológica»; en él coinciden, con frecuencia, la «falsa conciencia» y los conceptos «precientíficos» que abren el paso, como etapa obligada, a la creación de cada nueva disciplina científica.

La extensión del artículo de periódico y del ensayo de revista propiciaron también esa manera de expresión. Incluso en el socialismo —por definición llamado a una metodología exenta de «ensayismo»—, sus adeptos intelectua-



Fue la época de la gran trilogía lorquiana de Casona de «La sirena varada» y, con proyección ideológica muy diferente, de «El divino impaciente», de Pemán. Sin hablar de las realizaciones teatrales de Rivas Cherif y de Lorca al frente, respectivamente, del «Teatro Escuela de Arte» y de «La Barraca». En la foto, Lorca con un grupo de «La Barraca», integrado por estudiantes y jóvenes intelectuales.

les quedaron en el «humanismo» espiritual y pluriclasista de Fernando de los Ríos, en el divorcio entre teoría y praxis de Besteiro o en el impaciente voluntarismo de Araquistain. Los economistas se abren más a la metodología rigurosa, pero en esa corriente puede mencionarse a Ramos Oliveira (su «Capitalismo español al desnudo», de 10.000 ejemplares de tirada, se agotó en pocas semanas en 1935), mermado, sin embargo, por su formación de periodista y sus propósitos de propaganda.

Si en la creación dominan el ensayo y la erudición cuando se trata de lo que hoy llamamos ciencias sociales o humanas, la literatura es, en parte, «deshumanización del arte» y belleza formal: los poetas del grupo generacional de 1927, aunque ya Alberti, Lorca y otros «están de vuelta» y apunta la luz violenta de Hernández. La novela de moda es la «anti-novela» de Jarnés, pero no es menos cierto que la «novela social» de la época (Sender, Benavides, Anderjús, Arcónada, Carranque de Ríos) se vende y tiene éxito. «Mr. Witt en el Cantón», premio nacional de literatura de 1935, está como novela histórica, en las antípodas del escapismo. Bueno es recordar que ni en poesía ni en novela fue total el dominio de la «deshumanización». Y en teatro..., sin duda, el burgués del patio de butacas siguió aplaudiendo las vulgaridades de siempre de autores cuyos nombres más vale olvidar piadosamente.

Pero también fue la época de la gran trilogía lorquiana («Bodas de sangre», «Yerma» y «La casa de Bernarda Alba», aunque ésta estrenada muchos años después), del Casona de «La sirena varada» y, con proyección ideológica muy diferente, de «El divino impaciente», de Pemán. Sin hablar de las realizaciones teatrales de Rivas Cherif y de Lorca al frente, respectivamente, del «Teatro Escuela de Arte» y de «La Barraca».

La mención de esos teatros, orientados hacia la difusión de nuestros valores dramáticos clásicos, nos lleva al otro «método» cultural, el de la difusión. Hay que decir que este fue el eje cultural de aquellos años, y que si resulta necio decir que la «Institución» no gobernó jamás, es oportuno, en cambio, señalar que su utopismo cultural se expandió por todos los ámbitos durante el decenio de los treinta. En sólo dos años, las Misiones Pedagógicas instalaron bibliotecas rurales, con 2.196.495 libros, que tuvieron cerca de medio millón de lectores. Setenta y cinco misiones recorrieron en aquel tiempo 300 pueblos; en 1934 se realizaron más de 200 misiones, creándose más de 5.000 bibliotecas rurales.

Misiones Pedagógicas, Barraca, Universidades Populares son otros tantos medios de extensión cultural realizados fundamentalmente por estudiantes y jóvenes intelectuales. Bibliotecas circulantes, Ateneos populares, sociedades culturales diversas son órganos de difusión cultural que emergen por iniciativa obrera.

En ambos casos se estima cierto lo que Machado decía: «Defender y difundir la cultura es una misma cosa».

La importancia de la transmisión o difusión cultural aumenta el público del intelectual y pone a éste más en relación con aquél. Don Manuel Aguilar decía en enero de 1933, respondiendo a una encuesta de «El Sol»: «Se ha ampliado de modo inequívoco el número de lectores... Se observa en este fenómeno la intervención que el obrero y la clase media han ganado con el desenvolvimiento del régimen. La clase rica creo sinceramente que ya no lee». Aumento de libros y de lectores (tanto de venta directa como de bibliotecas populares), y puede decirse que mayor demanda que oferta de producto cultural. El éxito de los grandes autores extranjeros era, en parte, la consecuencia de una necesidad, pero también muchas obras de fuera cubrían huecos de la producción nacional.

TIPOLOGIA DE LOS MEDIOS

Trátase de los «medios de comunicación» que ponen en relación al intelectual (en las fases de **creación** o de **transmisión** de su obra) con lo que podríamos llamar su público.

El concepto es muy heterogéneo, puesto que entran en él desde los organismos de enseñanza y cultura hasta toda clase de medios de comunicación escrita, oral y radiofónica, las asociaciones o grupos sociales cuyo vínculo fundamental es un objeto cultural y hasta esos grupos fluidos e «informales» que eran las tertulias. Demasiado vasto para establecer una tipología rigurosa, nos contentamos con ejemplos esenciales.

La transmisión del saber aumenta considerablemente en número de profesionales que la ejercen y de «público» que la recibe, en los niveles primario, secundario y técnico. Los «medios» (escuelas, Institutos, puestos de enseñanza) aumentan: 30.904 escuelas, en 1929; 47.766, en 1935, que corresponden, respectivamente, a 33.518 y 46.805 maestros, según el Instituto Nacional de Estadística (5). Según la misma

(5) Instituto Nacional de Estadística: «Principales actividades de la vida española en la primera mitad del siglo XX». Madrid, 1952.

fuente, el número de alumnos escolarizados es de 1.836.720, en 1929, y de 2.500.391, en 1935. El de segunda enseñanza pasa de 66.377 a 124.755. Las Escuelas Elementales del Trabajo (enseñanza técnica) pasan de 4.000 a 11.000 alumnos. Ese aumento no se da en la Universidad (incluso hay cierta tendencia al descenso: la estructura social, que ha quedado invariable, no puede crear un aumento de fuerza de trabajo liberada para ir a la Universidad, pero, sobre todo, la indudable apertura a nivel de segunda enseñanza no tuvo tiempo de reflejarse en el paso a la superior de una parte de esos educandos).

No insistimos sobre las formas de extensión ya citadas, tanto de iniciativa pública como privada. Preferimos citar los medios de difusión escrita que alcanzaron gran importancia, ya por el público a que llegaban (en calidad o en cantidad) o por constituir como un catalizador de corrientes.

A nivel de revistas minoritarias llamadas de «alta cultura», la tantas veces citada «Revista de Occidente», en la que no cabe negar el valor de las colaboraciones de primera fila, ya fuesen de Machado, de Lorca, de Salinas, Baroja, Marañón, D'Ors, Jarnés, Espina, etcétera; en lo filológico, además de Ortega, las colaboraciones de Morente, Gaos...

Aunque minoritaria, algo nuevo significa la revista «Cruz y Raya» (de afirmación y de negación), dirigida por José Bergamín. Nace al mismo tiempo que «Esprit», de Emmanuel Mounier, en Francia; si hay un paralelismo entre ambas publicaciones (en el número de febrero de 1934, Mounier explica las razones de su movimiento) y en la parte «nuclear» del equipo —católicos de avanzada, en la que están Bergamín, Semprún Gurrea, Mendizábal, Imaz, el padre Romero Otazo— hay heterogeneidad y hasta equívocos en esta publicación, en la que también colaboran García Valdecasas, José M. Cossío, R. Sánchez-Mazas... La repulsa al

totalitarismo que venía de Berlín o Roma es, sin embargo, el rasgo dominante en este equipo de creyentes. «Cruz y Raya» cultivó por demás la paradoja. Los acontecimientos de octubre del 34 provocaron, por contrabando, una radicalización de esta revista (6). Como corriente premonitoria, y todavía tímida, del catolicismo español de dos generaciones después, «Cruz y Raya» es insoslayable punto de referencia.

Si «Cruz y Raya» entra en liza en 1933, ese mismo año aparece «Octubre», dirigido por Alberti, y en 1934, «Leviatán», dirigido por Araquistain. Esta última se presenta como una revista socialista que pretende revalorizar el mar-

INTELECTUALES DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA

xismo en un doble frente, que le lleva a la polémica con Ortega y a otra con Besteiro (que va a entrar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas con su discutido «Marxismo y antimarxismo»); pero «Leviatán» es más que nada una especie de arsenal «ideológico» del grupo de L. Caballero en la honda querrela interna que agitaba al PSOE. Sin embargo, colaboraciones de Ramos Oliveira, Angel Pestaña, Rodolfo Llopis, Zugazagoitia, un interesante estudio bibliográfico, etcétera, dan relieve a esta publicación de inequívoca significación en la muy concreta coyuntura que va del 34 al 36.

«Octubre» representa otro sector; el que parte de Marx hacia Lenin, y aceptaba entonces los análisis de la Tercera Internacional. Pese a ello, no es revista que dé el primado a la política, sino a la literatura, si bien ésta sea «comprometida». Junto a los aspectos creadores de Alberti, Sender, Arderius, María Teresa León (y el célebre artículo de Machado), los enfoques de crítica his-

tórico-literaria y de historia de la cultura hechos por Arconada son probablemente los más rigurosos y de mayor novedad. En «Octubre» se observa la tendencia a emparejar la creación cultural con la extensión.

Anterior en fecha, no debemos ignorar la «Nueva España», que en 1930 dirigió un triunvirato formado por Espina, Arderius y Díaz Fernández. Y es un signo de los tiempos la desintegración de «La Gaceta Literaria», en la que antes habían convergido tantos escritores; en 1929 la dirigía Giménez Caballero, Guillermo de Torre era subdirector y César M. Arconada redactor-jefe; tres escritores que simbolizarían después tres caminos diferentes emprendidos por el intelectual del decenio de los «treinta». Con carácter político ya hemos mencionado la importante «Acción Española», que aglutinó a cuantos negaban la legitimidad de 1931, aunque lo que Mainer ha llamado «contrarreforma derechista» (7) dominase sobre personalidades de otro estilo, como Sánchez-Mazas, Pemartín, etcétera.

Ciertamente, sólo hemos mencionado revistas de Madrid y aquellas de más alta significación; faltos de espacio y tiempo, no podemos hablar de Cataluña, el País Vasco, Asturias (pensemos de la primera en «Mirador» y «Azor», en «Yakintza» del segundo), Aragón con su «Noroeste», el inolvidable «Gallo crisis» de Sitjé y Hernández, «Nueva Cultura» de Valencia, «Isla» de Sevilla...

¿Y la prensa diaria? Pese a los pesares, «El Sol» siguió siendo una tribuna intelectual de primer orden; pero también lo fue «Luz», nacido de «Crisol». Y, en su breve vida, «Diario de Madrid». Periódico más dado a otros temas, como «Ahora», contó con la colaboración habitual de Unamuno y con varias de Valle-Inclán. Era una época en que leer un diario significaba encontrarse con las plumas de Corpus Barga, Díez Canedo, Pedro Salinas, Melchor Fernández Almagro, Guillermo de Torre, etc., en la crítica, y con

(6) Señalada atinadamente en el estudio que Jean Bécarrud hace de «Cruz y Raya». Cuadernos Taurus, 88. Madrid, 1969, de muy interesante lectura.

(7) José-Carlos Mainer: «Falange y Literatura». Barcelona, 1971.

las colaboraciones asiduas de los primeros intelectuales del país.

El intelectual se agrupaba aquí o allá, siendo ésos otros tantos «medios de expresión y comunicación». El Ateneo de Madrid tuvo de presidentes sucesivos a Marañón, Azaña, Valle-Inclán y De los Ríos. Luis de Tapia, Obregón y Pedregal fueron sus secretarios. Algo decimonónico, ese ligero anacronismo no le impidió ser un centro vivo de debates.

La Residencia, siempre bajo la dirección de don Alberto Jiménez Frau, constituyó punto de encuentro de valores maduros y jóvenes en un clima de diálogo y de tolerancia (8).

Por último, y aunque el tiempo apremia y el papel, ¿cómo no enunciar siquiera algunas de las tertulias de los intelectuales madrileños de aquellos tiempos? La de Pombo, primero, bajo el pontificado de Ramón Gómez de la Serna, inmortalizada por Gutiérrez Solana. Las revistas también tenían las suyas, más coherentes: Ortega presidía la de «Revista de Occidente» (Walter Starkie dijo que «más que tertulia era un simposio donde Ortega oficiaba de Sócrates»). Y allí, Vela, secretario de Redacción; Morente, Jarnés, Cabrera, Luzuriaga... Alguna que otra vez, ministros de la extinguida «Agrupación», como Iranzo o Rico Abello, y doctores como Pittaluga, Marañón o Lafora. Dos mujeres: María Zambrano y Maruja Mallo.

En «Cruz y Raya», más modesta, «oficiaba» Bergamín y eran asiduos Xavier Zubiri, Eugenio Imaz, Rosales.

En el Lyon fundó una tertulia, hacia el año 30, Salazar Chapelá, de la que eran asiduos Guillermo de Torre, Obregón, Pittaluga, Arconada, Halffter... Pero el Lyon, como La Granja, fue café de tertulias múltiples; la que tenían Sánchez Mejías, Bergamín,

Semprún, Fernández Almagro... Otra a la que iba Valle-Inclán cuando estaba en Madrid. Antes iba a la famosa del Regina, donde él y Azaña eran las primeras figuras. Desde 1930; luego siguen allí Martín Luis Guzmán, Doménchina, Díez Canedo, Rivas Cherif, Luis G. Bilbao (el mecenas de «España»), todos amigos personales del jefe del Gobierno. Signo muy opuesto tiene la tertulia del Europa, presidida por Moulane Michelena, con Fernández Cuenca, Sánchez-Mazas, Aparicio, José María Alfaro... Mientras que, más



Rafael Sánchez-Mazas.

ajena a lo político, la tertulia de la cervecería de Correos acoge a Lorca y Ugarte con los muchachos de «La Barraca». Alguna que otra vez llega el joven cónsul de Chile, que se llama Pablo Neruda. Pero es en casa de éste (arquitectura alegre de ladrillos y cristales de la «Casa de las Flores») donde se reúnen con él Aleixandre, Dámaso Alonso, Pancho Cossío y un joven de Orihuela, Miguel Hernández. Al margen de ese bullicio, don Antonio Machado tiene su tertulia en el castizo café Varela; sus hermanos, Ricardo Baroja, algún raro señor de pueblo... y Unamuno cuando va a Madrid. En fin, La Granja del Henar, adelantada de las tertulias en el decenio anterior, es ahora un hervidero de ellas, las más juveniles.

¿Por qué hablar de las tertu-

lias? Porque sin evocarlas se mutilaría imperdonablemente la manera de ser del intelectual de la época; fidelidad a la tertulia, a la que vuelve el joven catedrático destinado en provincias, el otro que es diplomático, el de más allá que es gobernador... La tertulia tenía también en los años treinta un «engagement», confesado o no, involuntario o consciente, que desconocieron las de fines del siglo XIX. El intelectual de los «años treinta» dejó de ser el del 98, tanto en ideas como en métodos, como en medios de difusión, como en contactos con el público, en prestigio, en condiciones de vida. El escritor «maldito» y el maestro «muerto de hambre» habían pasado de moda; el problema del desempleo que la crisis económica presenta para el obrero de campos y ciudades (mucho más para el del campo o para el no calificado de la construcción) no existe para el intelectual de 1933, con más puestos de trabajo que antes, más posibilidades de escribir, mejor remuneración en la prensa (promedio de 100 pesetas por artículo de diario, sueldos de redactores de 400 a 675 pesetas), sueldos más elevados en la enseñanza, consideración social de la función de intelectual...

Y, sin embargo, ese mismo intelectual está en la encrucijada; su labor crítica de lo contemporáneo —y del pasado— no está enteramente completada por una alternativa de nuevos valores y de nuevos métodos de cara a un porvenir, sin duda, incierto y borrascoso. Para muchos sigue siendo verdad aquello de Larra: «Aquí yace media España, murió de la otra media». Hay que reconocer que los enfoques «estetizante» y «moralizante» (por no hablar sino de los que parten de más alta estimativa) van a ser, cada vez más, insuficientes para cumplir la función del intelectual: horadar la realidad «aparencial» para profundizar hasta la verdad esencial de los hechos y de sus conexiones, para dar una explicación global capaz de fundir conocimiento (toma de conciencia) y consiguiente decisión operativa.

■ MANUEL TUÑÓN DE LARA.

(8) Es de mención obligada —por mucho que pueda extrañar al lector de nuestros días— la aportación y facilidades que ofrecía la radio a la obra de los intelectuales a través de conferencias, de radiación de obras, crítica objetiva, etc., con escritores de primera calidad y de las más diversas familias ideológicas. Debe mencionarse la aportación radiofónica al aniversario cervantino de 1934 y al centenario de Lope de Vega en 1935.